



# LA LIGA DE LAS NACIONES

Por MIGUEL de UNAMUNO

(Para LA NACION)

SALAMANCA, mayo de 1919.

¡Cuidado que están pasando cosas en el mundo! Y en todo el mayor rigor de la expresión: pasando. Porque cuanto ocurre pasa, pasa y no queda. No podemos, pues, decir: ¡cuidado que están quedando cosas en el mundo! Asistimos a una época de liquidación, de disolución. La guerra ha destruído mucho—hombres, ideas, sentimientos, valores...—y la paz no parece que va a reconstruir mucho, acaso nada o casi nada.

Y cuando tantas cosas están pasando en el mundo—y pasando por el mundo, pero sin quedarse en él—nosotros los pobres españoles nos vemos forzados, cuando queremos desahogarnos ante otros pueblos, a no poder hablar de lo que está pasando en España. No es sólo que no nos harían caso, que se encogerían de hombros ante lo que dijésemos—España, dígame lo que se quiera, y a pesar de cierta moda de exotismo que por ahí fuera priva, no interesa—es que si dijéramos lo que aquí pasa no nos lo creerían. O con decir: «¡cosas de España!» estaban al cabo. Un supremo pudor patriótico nos impide, además, hablar de ello.

«¿Pudor patriótico?»—se dirá más de un lector de esto, sonriendo maliciosamente. Porque quien estas líneas escribe no ha aparecido nunca a los ojos de sus lectores como un escritor precisamente púdico o pudoroso por lo que a su patria—y a otras patrias—hace, y aun hay quien le tiene por una especie de cínico. Y sin embargo...

Ahora hay cándidos que esperan nuestro remedio de que tengamos que entrar o nos obliguen a entrar en la ya famosa liga de las naciones. Esa liga dicen que va a ser una liga de naciones democráticas, dueñas de sus propios destinos, de veras independientes, y que para formar parte de ella tendrá cada nación que democratizarse, que hacerse dueña de sí misma, que darse gobiernos verdaderamente populares. Dicen que no cabrán en esa liga los pueblos oligárquicos ni aquellos pueblos imperiales en que la civilidad esté oprimida, ni aquellos otros en que rijan regímenes despóticos, es decir, de clandestinidad y de secreto. Y de que España tenga que entrar en esa liga para poder convivir con las demás naciones a que se supone democráticas y libres e independientes, sacan aquí algunos que lo pueden perder el régimen despótico, de clandestinidad y secreto, a que vivimos sometidos, este régimen que tiene a la nación bajo las botas con espuelas de una sociedad secreta, de una masonería incivil, que es irresponsable y que ni permite que se diga en público que existe. Pero...

¡La liga de las naciones! Esta redacción de un antiquísimo proyecto al hacerla ese Mr. Wilson, el yanqui, el representante actual de la ideología política de los puritanos del «Mayflower», de los patriarcas peregrinos de la americanidad anglosajona, ese proyecto, al receditarlo Mr. Wilson,

trae ya un aspecto de utopía que lo hace incompatible con los apetitos de las naciones todas constituídas, y en primer lugar con los apetitos de la misma Unión Norteamericana. Para que los Estados Unidos de la América del Norte sean la cuna de los Estados Unidos de la Humanidad Civil, es preciso, primero, que olviden hasta los últimos motivos que dictaron el monroísmo. Entre el espíritu de Monroe y el de Woodrow Wilson hay más que un abismo, hay una contradicción manifiesta.

Monroe, en efecto, al decir: «América para los americanos», quería excluir a los europeos—¡como si los americanos civilizados fuesen otra cosa que europeos!—de toda intervención en los conflictos de América, y ahora se nos han venido los americanos de Norte América a intervenir en los conflictos de Europa. Con derecho, sin duda—el que esto escribe cree que, más que con derecho, con deber—pero con no más derecho que mañana Europa, por el mismo principio, se creará llamada a tener que intervenir en conflictos entre naciones americanas.

Sabido es, sin embargo, que en los Estados Unidos «americano» no quiere decir otra cosa que ciudadano yanqui. Cuando en inglés se dice «americano» el término va restringido a los americanos de lengua inglesa. Los otros son o hispano-americanos, o latino-americanos, o en ciertos casos sudamericanos, o con la denominación de sus respectivas nacionalidades. Los otros son los pueblos tutelados.

Ha venido, por ejemplo, la cuestión de Fiume y en este pleito entre italianos y sur-eslavos o yugo-eslavos, en este pleito entre la Italia oficial imperialista y la Serbia heroica, contra la cual principalmente desencadenó el Kaiser la guerra. Mr. Wilson se ha puesto del lado de la justicia y ha defendido el más elevado criterio del principio de las nacionalidades y del derecho de los pueblos a darse el gobierno y la civilización que mejor les cuadre, pero al hacer eso Mr. Wilson ha echado por tierra el monroísmo. Porque con el mismo derecho pedirán mañana Italia y Yugo-Eslavia y el resto de Europa intervenir en cualquier conflicto de pueblos que puedan surgir en Panamá o en Méjico o en cualquier nación americana. O el Japón pedirá intervenir en un conflicto de pueblos o de razas que se provoque en Filipinas o en Hawai.

Y de hecho hay un monroísmo japonés que aunque no ha dado fórmula—son para ello bastante cautos los japoneses—podría formularse así: «Asia para los asiáticos» entendiéndose por asiáticos, claro está, los japoneses. Y ya en la cuestión de Kiao—Cau los japoneses pretenden que se les deje es a colonia que arrancaron a los alemanes y que serán ellos los que se la den a los chinos sin que Europa, y menos los Estados Unidos de la América del Norte, se tengan que meter en arreglar cuentas entre ellos, entre los amarillos del Extremo Oriente del Asia. Es el rechazo de la doctrina de Monroe que Mr. Wilson ha echado por tierra.

Y surge el problema pavoroso de la igualdad de razas. Este problema es el

que va a poner a prueba la esencia íntima de la proyectada Liga de las Naciones. Porque el problema de la igualdad de razas tal y como la plantean los japoneses, es un problema de libertad del trabajo, de derecho al trabajo y plantea en toda su crudeza la cuestión social. Y es ésta, es la cuestión social, es el problema del socialismo el que se levanta frente a ese proyecto de la Liga de las Naciones.

La Liga de las Naciones, en efecto, tal y como la ha proyectado Mr. Wilson es una liga de naciones burguesas, patrones burgueses, de Estados fundados y sostenidos sobre el capitalismo burgués y sobre el derecho quirritario. Esa Liga de las Naciones ha de serlo entre naciones que tienen sus propios territorios nacionales privativos y que pueden constituirse bajo un régimen proteccionista, entre naciones en que los nacionales tengan derechos de que carecen los extranjeros, entre naciones que llegado el caso puedan poner coto a la emigración si ésta, con su concurrencia, perjudica a las naciones de ellas. Esa proyectada Liga de las Naciones es una respuesta a la Internacional socialista y quiere ser un remedio contra ella.

En todas las naciones en que hay un gran contingente de obreros procedentes de otras, en que hay colonias de trabajadores extranjeros, en que hay emigrantes, la burguesía acusa a éstos de ser los principales agentes o instigadores del movimiento socialista y de las reivindicaciones obreras. En todas partes nacionalismo es enemigo de socialismo. En Barcelona, por ejemplo, la burguesía nacionalista de Cataluña, o catalanista, no se harta de decir que son los obreros procedentes de fuera de Cataluña, aragoneses, valencianos, andaluces, gallegos, etc., los que promueven el sindicalismo.

Es cosa sabida que el fermento del socialismo son los judíos, y es sabido que los judíos son, en el sentido burgués de la palabra «patria», unos hombres sin ella, aunque en otro sentido más alto sean los más grandes patriotas, ya que su patria sea espiritual, ideal y no terrena ni geográfica y su patriotismo sea religión. Para aquellos que no conciben una patria sin un suelo acortado y apropiado por unos hombres con exclusión de otros, suelo que es, a la vez la hipoteca de los herederos de la deuda pública, para los que no conciben sino así una patria, los judíos, y con ellos los socialistas son, como decía el Kaiser, unos «sin patria». Y eso que los judíos suelen poseer títulos de las deudas públicas de diversas patrias.

«¿Qué más da—nos decía un ingeniero—que Fiume sea de Italia o sea de Yugo-Eslavia, si los italianos que allí habitan han de seguir siendo italianos, con su lengua y sus leyes y su civilización propias y lo mismo los yugo-eslavos?» Pero pronto le hice ver que debajo de ese problema que parece puramente político o de soberanía nacional hay un problema económico-social, de trabajo, de libertad del trabajo, de libre concurrencia, un problema que no se diferencia mucho del que los japoneses plantean en California.